

# DEL CRISOL DE RAZAS A LA ARGENTINA DESINTEGRADA: UN ITINERARIO DE LA IDEA DE NACIÓN, 1911-1932

MARÍA INÉS TATO

Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»,  
Universidad de Buenos Aires

## RESUMEN

Este artículo se ocupa de los cambios operados en la concepción de la nación sostenida por dos destacados periódicos liberales porteños (*La Mañana* y *La Fronda*) en el curso de la primera experiencia democrática argentina, desde su instauración hasta su clausura. Dichos cambios constituyeron el correlato de la transformación de las posturas de ambos diarios frente al sistema político ante los avatares de la política de masas. La trayectoria de sus opiniones acerca de la sociedad nacional y del lugar que en ella le cabía a la inmigración constituye un caso particular en el devenir del nacionalismo argentino; también ilustra las transformaciones del perfil de una nación sacudida por la masificación de la sociedad y de la política durante el período de entreguerras.

*Palabras clave:* Argentina, Estado nacional, nacionalismo, democratización, inmigración, crisis.

## ABSTRACT

This paper deals with the changes of the conception of nation sustained by two outstanding liberal newspapers from Buenos Aires city (*La Mañana* and *La Fronda*) during the first Argentinean democratic experience, since its founding until its conclusion. Those changes were the correlation of both newspapers' transformed attitudes about the political system, faced with the vicissitudes of mass politics. The path of their opinions about national society and the place of immigration in it, represents a particular case of Argentinean nationalism's history; it also illustrates the transformations of the profile of a nation shaken by the masification of its society and politics during the interwar period.

*Key words:* Argentina, national State, nationalism, democratization, immigration, crisis.

## I

Desde hace más de dos siglos el nacionalismo está instalado en la agenda política internacional como una cuestión crucial de renovada actualidad, y constituye un componente esencial en la formación de los estados nacionales modernos (1). La «doble revolución», que transformó estructuralmente el perfil de los estados europeos conllevó la creciente necesidad de movilización e integración del espacio social (2). El nacionalismo vino a dar respuesta a ese imperativo, actuando como nexo entre estado y sociedad, creando una «comunidad imaginada», inventando tradiciones para amalgamar al estado con la nación soberana en cuya apelación fundaba su legitimidad (3). Ese nacionalismo cívico, empeñado en la integración de los ciudadanos, convivió a lo largo de su existencia con otro nacionalismo, radicalizado y exclusivista: el étnico o cultural, el nacionalismo de los nacionalistas, que a la definición política de la nación sustentada por el primero oponía otra edificada primordialmente sobre factores étnicos y/o lingüísticos. La preponderancia relativa de una u otra vertiente del nacionalismo resulta de su imbricación con los avatares del estado nacional y con los desafíos y las crisis que éste debe vencer durante su desenvolvimiento (4).

El presente trabajo se propone abordar las transmutaciones operadas en la definición de la nación y del papel que le cabía a la inmigración en la sociedad nacional durante el desarrollo de la primera experiencia democrática de la Argentina moderna, a partir del caso de dos periódicos de la ciudad de Buenos Aires portavoces del liberalismo reformista. En su posicionamiento frente a la cuestión nacional, *La Mañana* y *La Fronda* transitaron un derrotero que los llevó desde un nacionalismo cívico, liberal y cosmopolita, a un nacionalismo cultural exclusivista y esencialista. En esa evolución fue determinante la fase crítica que atravesó por entonces el proceso de construcción del estado nacional argentino, con la democratización del sistema político y la irrupción definitiva de las masas en la esfera pública.

*La Mañana* y *La Fronda*, creados y dirigidos por el político y periodista Francisco Urriburu, constituyeron exponentes cabales de las esperanzas y de las frustraciones del liberalismo, cuya colisión con la democracia bajo los gobiernos ra-

---

(1) ERNEST GELLNER, *Naciones y nacionalismo*, Buenos Aires, Alianza, 1991; ERIC HOBBSBAWM, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992; JOHN BREULLY, *Nationalism and the State*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

(2) ERIC HOBBSBAWM, *La era de la revolución (1789-1848)*, Buenos Aires, Crítica, 1998, págs. 9-10.

(3) BENEDICT ANDERSON, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pág. 23; ERIC HOBBSBAWM, «Mass-producing traditions: Europe, 1870-1914», en ERIC HOBBSBAWM-TERENCE RANGER (eds.) *The invention of tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, págs. 263-7.

(4) LEONARD BINDER et al., *Crises and sequences in political development*, Princeton, Princeton University Press, 1971.

dicales precipitó el cuestionamiento de diversas facetas de su proyecto de país, entre ellas, el del perfil de la sociedad nacional (5). Su universo de lectores era la «gente influyente» (6) de la ciudad de Buenos Aires y de la provincia homónima, pero también llegaron a alcanzar una importante difusión en el interior del país. Ambos diarios se ufanaron siempre de su circulación restringida, que osciló entre los 10.000 y los 20.000 ejemplares diarios durante el período en análisis (7), y reivindicaron su aspiración a incidir sobre la elite civil y militar ligada al orden liberal conservador antes que a influir sobre una opinión pública más vasta.

El recorrido de nuestro examen arranca en enero de 1911, en vísperas de la reforma electoral que dio paso a ese ensayo democrático, y concluye en febrero de 1932 con el agotamiento del primer régimen militar que lo clausuró. De promotores de la democratización impulsada por los sectores más progresistas de la elite liberal, los diarios de Uriburu se transfiguraron posteriormente en sus impugnadores y en el sostén de un gobierno militar que suplantó la apelación a la soberanía popular por la invocación del «ser nacional» (8). El trabajo se orientará a reconstruir las peculiaridades de su trayectoria; para ello delineará el panorama político e ideológico en el que ésta se inscribió y confrontará su opinión con otras voces contemporáneas de la escena política y cultural.

## II

En Latinoamérica la construcción de los estados nacionales se inició en los primeros decenios del siglo XIX, con las guerras de independencia, y prosiguió a ritmos y modalidades diversos según el país (9). Las transformaciones de la economía mundial significaron un acicate para ese proceso. La inserción de Latinoamérica en el nuevo esquema del comercio internacional condujo a su especialización como productora de materias primas y de alimentos y como destinataria de inversiones de capital en infraestructura, créditos públicos y

(5) *La Mañana* fue fundada el 2 de enero de 1911, siendo reemplazada por *La Fronda* a partir del 1 de octubre de 1919.

(6) *The Argentine Annual*, Buenos Aires, The Argentine Standard Directory Co., 1921, págs. 205 y 207.

(7) LUIS J. MAISONNAVE, «El periodismo en la República Argentina», en *Anuario Industrial de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Benet Editor, 1920, pág. 10; *El cuarto poder. Boletín de información y crítica*, año I, n.º 3, marzo de 1932, pág. 27.

(8) Para un examen más exhaustivo de la trayectoria política e ideológica de Uriburu y de sus diarios, remito a MARÍA INÉS TATO, *Viento de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores de Argentina, 2004.

(9) ANTONIO ANNINO et al. (dirs.), *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, Ibercaja, 1994; HILDA SABATO (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, El Colegio de México —Fideicomiso Historia de las Américas— Fondo de Cultura Económica, 1999; JAMES DUNKERLEY (ed.), *Studies in the formation of the Nation-State in Latin America*, Londres, Institute of Latin American Studies, 2002.

actividades productivas. Para ello resultaron indispensables la unificación del territorio, la formación de un mercado interno integrado y el desarrollo de un amazón institucional, en suma, la configuración de un estado nacional (10).

Entre los desafíos que debieron encarar los incipientes estados independientes americanos se encontró el delineamiento de una singularidad diferenciadora de la antigua metrópoli. Los gobernantes, los intelectuales y la prensa fueron partícipes destacados en el diseño, la discusión y la difusión social de una identidad nacional supletoria de la colonial (11). Al categórico rechazo de la herencia hispánica unieron la admiración por el paradigma de Francia e Inglaterra, contrastante con una España considerada decadente (12). Los nuevos estados adoptaron el principio de la soberanía popular, filiado con la revolución de 1789, y se organizaron como repúblicas representativas que enarbolaban como estandarte distintivo la libertad política, de manera que el liberalismo proporcionó el elemento definitorio en su configuración y obró como su principal «mito unificador» (13). Aun cuando la práctica de los gobiernos no siempre se atuvo a los principios proclamados, la horizontalidad abstracta formó el núcleo del proceso de homogeneización emprendido por los estados independientes para la creación de la nación de ciudadanos en la que asentaron su soberanía.

En la Argentina, la formación del estado nacional iniciada en 1816 con la independencia adquirió vigor hacia 1860, superadas las guerras civiles entre unitarios y federales, y particularmente a partir de 1880, una vez sofocados los alzamientos de los caudillos regionales y las resistencias del autonomismo bonaerense, y culminada la lucha contra el indio. El estado alcanzó por entonces la unidad territorial y la centralización incontestada de su autoridad, y avanzó en su institucionalización. Paralelamente, la Argentina se integró al mercado internacional como exportadora de cereales y carne, y receptora de capitales, especialmente de origen británico.

Por entonces comenzó a ensayarse un modelo de organización del país que habían discurrido los intelectuales de la denominada generación de 1837 durante la prolongada gestión de Juan Manuel de Rosas al frente de la goberna-

---

(10) Acerca de los atributos básicos de los estados nacionales, OSCAR OSZLAK, *La formación del Estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, págs. 14-5.

(11) NICOLA MILLER, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, Londres, Verso, 1999; IVAN JAKSIC (comp.), *The political power of the word. Press and oratory in nineteenth-century Latin America*, Londres, Institute of Latin American Studies, 2002; PAULA ALONSO (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

(12) RICHARD MORSE, «The multiverse of Latin American identity» en LESLIE BETHELL, L. (ed.), *Ideas and ideologies in Twentieth-century Latin America*, New York, Cambridge University Press, 1998, pág. 7.

(13) CHARLES HALE, «Political ideas and ideologies in Latin America, 1870-1930» en BETHELL (ed.), *op. cit.*, págs. 134-5.

ción de Buenos Aires y de la representación exterior de las Provincias Unidas del Río de la Plata (1829-1852). Durante esa polémica etapa, ensayistas y estadistas como Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi se consagraron desde el exilio a pensar la nación que debía relevar al rosismo y alcanzar el destino de grandeza soñado por los líderes de la independencia. A pesar de los matices entre las posiciones de sus principales exponentes, esta generación de intelectuales —al igual que la mayoría de sus pares latinoamericanos— miraron hacia Europa en busca de un modelo alternativo tanto del despreciado legado hispánico como de los elementos indígenas, negros y mestizos presentes en la sociedad, a los que atribuían el atraso del país. De ahí la extendida imagen de la Argentina como un «desierto», expresión que no aludía solamente a la bajísima densidad demográfica del vasto territorio argentino sino que también encerraba una connotación cultural: la de una nación que se construía sobre una tabla rasa, desarraigada del pasado. En consecuencia, confiaron la solución del problema argentino —fuera éste la falta de brazos para la transformación de la economía, o la superación de la rusticidad cultural— a la «tradicional panacea liberal» (14), la inmigración europea, requerida como la herramienta principal para erradicar la barbarie (identificada con la herencia colonial y con el caudillismo surgido al calor de las guerras civiles) e instaurar la civilización (15). Juan Bautista Alberdi, en sus *Bases y puntos de partida para la organización nacional*, publicado en 1852 —uno de los pilares de la Constitución de 1853—, concibió a la inmigración —especialmente a la procedente de Europa septentrional— como el pivote fundamental de las políticas de fomento de la modernización económica y del proceso civilizatorio (16). También postuló un diseño institucional congenial al evolucionismo positivista, que condicionó al nivel de avance del proceso de civilización nacional en todas las esferas el tránsito desde una «república posible», con amplios derechos civiles y limitados derechos políticos, a una plena «república verdadera» (17).

La generación de 1880, heredera y continuadora del modelo liberal auspiciado por los padres fundadores de la nacionalidad argentina y en particular por

(14) HALE, *op. cit.*, pág. 166.

(15) Esta dicotomía entre civilización y barbarie está claramente explicitada en el célebre libro de Sarmiento titulado *Facundo*, publicado en 1845. Sarmiento asignó a la colonización agraria y a la educación masiva un rol central en la superación de la «barbarie».

(16) LEONARDO SENKMAN, «Nacionalismo e inmigración: la cuestión étnica en las elites liberales e intelectuales argentinas: 1919-1940», en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* vol. 1, n.º 1, enero-junio 1990; MÓNICA QUIJADA, «De Perón a Alberdi: selectividad étnica y construcción nacional en la política migratoria argentina», en *Revista de Indias* vol. LII, n.º 195-196, 1992.

(17) Acerca de estos proyectos, véanse TULLIO HALPERIN DONGHI, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, y NATALIO R. BOTANA, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

Alberdi, incentivó el arribo de vastos contingentes de inmigrantes deseosos de integrarse al capitalismo en expansión de las pampas argentinas. Como resultado, la Argentina recibió entre 1881 y 1914 unos 4.200.000 inmigrantes, posicionándose en segundo lugar detrás de los Estados Unidos en cuanto a recepción de flujos migratorios externos y superando ampliamente a Canadá y a Brasil (18). Mientras que en 1869 el 13,6 % de la población era de origen extranjero, en 1895 el porcentaje trepó al 25,3%, llegando en 1914 al 29,9%. En la ciudad de Buenos Aires, capital del país, los extranjeros constituían en 1914 el 49% de la población, en tanto que en la provincia de Santa Fe, escenario de una colonización agrícola basada en mano de obra inmigratoria, formaban el 35% del total de la población (19).

La modernización económica, corolario del acelerado crecimiento de las actividades agroexportadoras, derivó en la urbanización, particularmente en el litoral del país, y en el incipiente desarrollo de la industrialización. La sociedad, abierta a la movilidad ascendente, exhibió prontamente un perfil cultural cosmopolita, que parecía poner en jaque la confianza de la elite liberal en la viabilidad de la homogeneización de la sociedad. Asimismo, el panorama idílico que auguraban las rápidas transformaciones económicas y sociales empezó a oscurecerse a partir de la década de 1890, cuando la crisis de la economía, la conflictividad social y la difusión del anarquismo y del socialismo en el seno del movimiento obrero se combinaron con un fuerte cuestionamiento al funcionamiento oligárquico de la política, mostrando la fragilidad del orden conservador.

Hacia el Centenario de la Revolución de Mayo —que celebró un nuevo aniversario del acontecimiento que presagió la posterior empresa independentista— arreciaron los cuestionamientos al proyecto liberal y cosmopolita de país sostenido por los gestores de la organización nacional, que escondían el rechazo a los efectos no deseados producidos por la modernización. En el campo intelectual empezaron a acogerse los ecos del positivismo, del espiritualismo y del modernismo, que contemporáneamente se extendían por Latinoamérica poniendo en entredicho el consenso liberal de mediados de siglo (20). La redefinición de la identidad nacional adquirió ribetes esencialistas que transmutaron al inmigrante de agente civilizatorio en vector de la descomposición del «alma nacional» a través de la infiltración del materialismo.

Si para los gestores del estado argentino la inmigración estaba llamada a redimir el atraso americano, sus detractores se inclinaron por la reivindicación de lo autóctono o la creación de un mito de los orígenes desarraigado de las in-

---

(18) FERNANDO J. DEVOTO, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pág. 247.

(19) VICENTE VÁZQUEZ PRESEDO, *El caso argentino: migración de factores, comercio exterior y desarrollo 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1979.

(20) HALE, *op. cit.*, pág. 148.

fluencias de las nuevas corrientes inmigratorias. A diferencia de México y de Perú, que podían dar sustento a un nacionalismo étnico a través de la apelación al milenarismo pasado maya, azteca e inca (21), la Argentina se enfrentó con el problema de la ausencia de altas culturas prehispánicas en el territorio con las que filiar la identidad nacional que se empeñaban en construir a contramano del nacionalismo liberal. De todos modos, no faltó el intento de recuperar el aporte indígena. En sus obras *Blasón de plata* (1910) y *Eurindia* (1924) el poeta Ricardo Rojas integró al indio a la tradición nacional que intentaba construir a partir de la fusión de los diversos elementos poblacionales que habían coexistido en el territorio argentino, incluyendo a los inmigrantes; la argamasa que los unía derivaba de su común exposición a las fuerzas telúricas, al medio que forjaba en última instancia el espíritu nacional (22). No obstante, Rojas postuló, al igual que las elites estatales, una incorporación supervisada de los inmigrantes a la sociedad nacional, por medio de una eficaz educación patriótica (23).

Otros intelectuales, como Manuel Gálvez, reaccionaron frente al torrente inmigratorio mediante el rescate del pasado hispano colonial, reivindicando los lazos creados por el pasado, la historia, la lengua y, muy especialmente, por el catolicismo, portador de virtudes misionales y civilizatorias. Fue la suya una expresión de la creciente reconciliación de las elites argentinas con la tradición española de la que se había distanciado la generación independentista (24). La recuperación de ese núcleo cultural apuntaba a rebatir exitosamente los embates del cosmopolitismo sobre la sociedad argentina. Por el contrario, Leopoldo Lugones, fuertemente antiespañol, erigió al gaucho en el emblema de la argentinidad, elevando al *Martín Fierro* de José Hernández a la categoría de poema épico nacional por excelencia (25).

Sin embargo, estas posiciones fueron marginales y no llegaron a erosionar el consenso vigente en torno a una nación voluntarista en permanente construcción y abierta a los aportes culturales externos, aunque se desplegarían

---

(21) MÓNICA QUIJADA, «La Nación reformulada: México, Perú, Argentina (1900-1930)», en ANTONIO ANNINO et al. (dirs.), *op. cit.*, págs. 582-4.

(22) Sobre la importancia del factor territorial en las definiciones de la nación, consúltese MÓNICA QUIJADA, «Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra», en MÓNICA QUIJADA et al., *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas — Centro de Humanidades — Instituto de Historia, 2000.

(23) Su minuciosa propuesta al respecto está contenida en *La restauración nacionalista*, publicada en 1909.

(24) Acerca del *revival* del hispanismo en las primeras décadas del siglo XX, véase FERNANDO J. DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002, págs. 44-46.

Las obras de GÁLVEZ *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) y *El solar de la raza* (1913) resumen sus tendencias hispanófilas.

(25) LUGONES procedió a la exaltación del gaucho en varias de sus obras, como en *La guerra gaucha* (1905) y en *El payador* (1916).

con mayor brío en la primera posguerra (26), ligadas a la crisis abierta por la ampliación de las bases políticas del estado, que habría de repercutir sustancialmente sobre la conceptualización de la nación y sobre el devenir del nacionalismo.

### III

En enero de 1911, a pocos meses de la asunción del presidente Roque Sáenz Peña, Francisco Urriburu fundó *La Mañana*, tribuna periodística consagrada al respaldo de la reforma electoral propiciada por el nuevo mandatario, que había proclamado su propósito de transformar las reglas de juego del agonizante orden conservador. La democratización de la política, destinada a coronar la modernización general del país y a hacer efectiva la promesa independentista de una nación de ciudadanos que ejercitaban libremente la soberanía, se encuadraba en el espíritu del liberalismo reformista en auge desde fines del siglo anterior (27).

Indudablemente, la presencia de las masas en la vida pública argentina había sido una constante en el siglo XIX. La agitación revolucionaria, las movilizaciones callejeras, la prensa, el asociacionismo, fueron canales informales que vehiculizaron la participación popular desde la independencia misma (28). En la provincia de Buenos Aires, por otra parte, regía desde 1821 el sufragio universal masculino, que hizo de las elecciones un instrumento clave para la intervención de la sociedad civil en la esfera pública (29). Sin embargo, cabe puntualizar las diferencias que separaron la política electoral decimonónica de la experiencia inaugurada por el saenzpeñismo. Hasta 1912, cuando la reforma estableció el voto universal, secreto y obligatorio, las masas eran objeto de una movilización facciosa, tendiente a dirimir la endémica conflictividad internotabiliar. Los ciudadanos formaban parte de redes clientelares manipuladas por gobiernos electores que en los hechos vedaban el ejercicio autónomo de la soberanía que formalmente detentaban. Este sistema político, formalizado especialmente bajo la hegemonía del presidente Julio A. Roca (30), fue cues-

---

(26) CARLOS ALTAMIRANO-BEATRIZ SARLO, *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pág. 194; Devoto, *Nacionalismo...*, op. cit., pág. xxiv.

(27) EDUARDO ZIMMERMANN, *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1995.

(28) HILDA SABATO, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; ROBERTO DI STEFANO et al., *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis, 2002; PILAR GONZÁLEZ BERNALDO, «Sociabilidad y opinión pública en Buenos Aires (1821-1852)», en *Historia Contemporánea* n.º 27, 2003.

(29) MARCELA TERNAVASIO, *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores de Argentina, 2002.

(30) Para una caracterización del régimen roquista, véase NATALIO BOTANA, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.



tionado desde la década de 1890 por la Unión Cívica Radical (UCR), principal agrupación opositora que se automarginó del juego político mediante la opción por la abstención revolucionaria.

La reforma de la legislación electoral concebida por Sáenz Peña extendió a todos los distritos del país el carácter universal del sufragio —hasta entonces patrimonio bonaerense— para la elección de diputados nacionales y de electores de presidente y vicepresidente. La garantía del secreto del voto y su obligatoriedad, así como el compromiso de prescindencia del primer mandatario en las luchas comiciales, buscaron alentar la participación autónoma de la ciudadanía y la competencia electoral de partidos de nuevo cuño, organizados en torno de plataformas ideológicas (31). De ahí que, sin desconocer sus antecedentes, definamos aquí al ensayo político vigente entre 1912 y 1930 como la primera democracia argentina o la era de la democratización de la política.

A diferencia de otros exponentes de la prensa liberal, como los grandes matutinos *La Nación* y *La Prensa*, que se arrogaban una supuesta neutralidad en materia política, *La Mañana* se constituyó desde sus inicios en una tribuna netamente política y abiertamente comprometida con la causa del reformismo, a cuyo servicio colocó las plumas de reputados escritores y periodistas, como Mariano de Vedia, Alberto Gerchunoff y Alfonso de Laferrère. El diario de Uriburu adhirió al proyecto general de país de la generación de 1880, que concebía a la nación como un crisol de razas, según el cual la cultura argentina era el resultado de la mezcla, de la fusión, de la amalgama de los elementos nativos con los aportes de los inmigrantes. Sin embargo, esa noción de crisol, equivalente al *melting-pot* norteamericano (32), no estaba exenta de claroscuros. Aunque en buena medida las ambigüedades obedecían en el caso del diario al carácter polifónico de toda publicación periódica, también eran ilustrativas de las tensiones más generales presentes en la opinión pública acerca del rol de la inmigración en la configuración de la sociedad nacional. En ocasiones, la mezcla revestía atributos fundacionales: la sociedad nacional resultaba entonces de la combinación indistinta de las contribuciones de los nativos y de los extranjeros. El «acrisolamiento» entrañaba que «ejemplares de todas las razas se confunden, forjando en el molde nuevo la nueva raza»; «Razas é idiomas fúndense en el tipo que ya asoma (...) para formar el argentino venidero» (33). Raza no asumía

---

(31) Para un análisis de las implicancias de la ley Sáenz Peña, véase FERNANDO J. DEVOTO, «De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912», *Boletín del Instituto Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, 3.<sup>a</sup> serie, n.º 14, 2.º semestre 1996, y «La construcción de la primera democracia argentina. Legislación y prácticas políticas», en TORCUATO DI TELLA (comp.), *Argentina-Chile ¿Desarrollos paralelos?*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1997.

(32) JOHN HIGHAM, *Strangers in the land. Patterns of American nativism 1860-1925*, New York, Atheneum, 1985, pág. 21.

(33) «El buen nacionalismo», en *La Mañana (LM)*, 18/1/11; «Lo que debe hacerse», 5/4/13.

aquí connotaciones biologicistas, sino que implicaba consideraciones culturales, históricas, idiosincrásicas e incluso ambientales (34).

No obstante, también era frecuente un segundo sentido de crisol, que presuponia un proceso inverso por el cual los inmigrantes eran asimilados a una matriz cultural preexistente propiamente argentina (35). De ahí la revalorización de la inmigración latina (italiana, pero especialmente española) experimentada hacia el cambio de siglo a raíz de la ya aludida recuperación de la tradición hispánica, por su atribuida afinidad cultural con la Argentina y sus consecuentes potencialidades asimilativas (36). El agente activo de la nacionalización procedía entonces de las «fuerzas autóctonas que han formado y encaminado al país (...) y que han demarcado su idiosincrasia» (37). Aunque no se descartaban los aportes que el elemento inmigratorio podía efectuar, el sustrato cultural local era la base del proceso de argentinización. En la integración del extranjero resultaba central el factor territorial, el *ius soli*, dispensador de los derechos y libertades consagrados en la Constitución nacional. Al establecerse en la Argentina, los extranjeros se incorporaban voluntariamente, por una suerte de contrato tácito, a una nación en permanente construcción y adquirirían del medio local, casi por ósmosis, los atributos conducentes a su argentinización. En palabras del periódico de Uriburu, «Venga de donde viniere el hombre, (...) al pisar este suelo es argentino, puesto que comparte con cada uno los deberes y se le otorgan los derechos de que disfruta cada uno. (...) los moradores de los más distantes imperios tórnanse argentinos porque los transforma el alma milagrosa de la tierra» (38). La noción cívica de la nación sostenida desde los tiempos de la independencia continuaba plenamente vigente un siglo después.

Si bien el diario no compartía con los nacionalistas esencialistas el temor a la disolución social por acción de la inmigración, reconocía que «nunca tuvimos ni el poder asimilante ni la previsión sociológica indispensable» para proceder a la obra de «homologación, de amalgamiento, de cohesión nacional» (39). Como Rojas, conceptuó que le cabía al estado la tarea de impulsar el proceso de nacionalización para reforzar los logros de la «alquimia de la tierra» (40) mediante una contundente educación cívica transmitida por la escuela, esencial para «la formación de una sólida conciencia nacional» que evitara que ante el aluvión inmigratorio la sociedad argentina se convirtiera en «un conglomerado

---

(34) Sobre las transformaciones del concepto de raza en la Latinoamérica del siglo XIX, véase NANCY STEPAN, *The hour of eugenics: race, gender and nation in Latin America*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

(35) DEVOTO, *Historia de la inmigración...*, *op. cit.*, pág. 320.

(36) SENKMAN, *op. cit.*; QUIJADA, «De Perón a Alberdi...», *op. cit.*

(37) «La conquista pacífica», en *LM*, 10/4/13.

(38) «El buen nacionalismo», *art. cit.*

(39) «Argentinizar», en *LM*, 12/6/11.

(40) QUIJADA, «Imaginando la homogeneidad», *op. cit.*, pág. 179.

híbrido é insubstancial» (41). La escuela pública —junto con el servicio militar obligatorio— adquiriría una relevancia indiscutible en la tarea de inculcar en los hijos de los inmigrantes una identidad argentina, construida a partir de liturgias patrióticas y de una historia nacional capaces de competir con éxito con las lealtades alternativas que se los disputaban. La operatividad de la historia para la construcción de una identidad nacional volcada al futuro y anclada en un pasado mítico había sido señalada en la segunda mitad del siglo XIX por Bartolomé Mitre, estadista e historiador (42); fue retomada por el Consejo Nacional de Educación, presidido por José María Ramos Mejía desde 1908, impulsor de una firme pedagogía cívica y de rituales patrióticos, fundamentales en la era de las masas (43).

Así como bregó por la integración de una inmigración indispensable para la continuidad del desarrollo económico, el periódico también exhibió los efectos del clima de ideas del Centenario, oscilante entre un optimismo exultante en torno del progreso ilimitado y un sentimiento de zozobra ante la agudización de la cuestión social inherente a esa misma dinámica. A la luz de esa coyuntura, el proceso de formación de la nacionalidad presentaba flancos débiles que era indispensable corregir y que matizaban las expectativas centradas en las capacidades transformadoras de la inmigración. El espíritu de la Constitución nacional y la ley de inmigración y colonización de 1876 respondían a los imperativos de la demanda de mano de obra para el despegue de la economía agroexportadora, que en líneas generales aún conservaban vigencia. Pero aunque seguía siendo indudable la necesidad de brazos para la expansiva economía, las conmociones sociales europeas parecían recomendar una revisión de la legislación regulatoria de la admisión de extranjeros:

«Sospechábanse por aquel tiempo crímenes políticos y rebeliones sociales; pero todavía no había volado un zar, mutilado entre la explosión de una bomba, ni había mostrado su rostro con fulgores de incendio el anarquismo, ni se habían sentido en las entrañas de las grandes ciudades europeas el terror de White Chapel, el estremecimiento del burgo parisien.» (44)

Aún estaban frescos en la memoria del diario algunos acontecimientos locales que habían otorgado inmediatez a los temores generados por aquellos epi-

(41) «El nacionalismo en la escuela», en *LM*, 8/6/11.

(42) En sus obras *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (1858) e *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana* (1887) Mitre desarrolló un relato histórico fundacional, que filió el surgimiento de la nación argentina con la revolución de independencia, destinado a convertirse en dogma de la historiografía liberal.

(43) CARL SOLBERG, *Immigration and nationalism. Argentina and Chile 1890-1914*, Austin-Londres, University of Texas Press, 1970, págs. 145-152; GEORGE MOSSE, *The nationalization of the masses: political symbolism and mass movements in Germany from the Napoleonic wars through the Third Reich*, New York, Cornell University Press, 1991; HOBBSBAWM, «Mass-producing...», *op. cit.*, págs. 268-283.

(44) «Hay que cuidar las puertas», en *LM*, 1/4/11.

sodios ilustrativos de la conflictividad social y política europea, como el asesinato del jefe de policía, Ramón L. Falcón, en 1909, a manos de un anarquista, y los atentados ácratas que deslucieron la celebración del Centenario. Si bien la cuestión social asumía en ocasiones extremas la forma de la violencia política, *La Mañana* también estuvo atento a sus manifestaciones cotidianas: el delito, la mendicidad, la prostitución, que tenían por escenario a la ciudad de Buenos Aires, y a las que vinculó directa o indirectamente con la inmigración, coincidiendo con prejuicios extendidos en la sociedad (45). De todas formas, el diario de Uriburu consideró inadecuadas la ley de residencia y la de defensa social que, en 1902 y en 1910 respectivamente, pretendieron exorcizar la amenaza de la «inmigración perniciosa» por medio de una estrategia represiva. Desde su punto de vista, resultaba más eficaz una legislación preventiva que subsanara las imprevisiones de la normativa en vigencia (46).

En esa mirada de los procesos sociales subyacía la percepción idealizada de la Argentina como «tierra de promisión», abierta a la movilidad social, armónica y ajena a los conflictos entre el capital y el trabajo que desgarraban a las sociedades europeas. Por ende, cualquier esbozo de conflictividad era atribuido a la infiltración de ideologías fundadas en una apelación clasista e importadas de sociedades estructuralmente diferentes a la argentina (47). Esta noción desnudaba las ambivalencias de la mirada americana frente al Viejo Continente. Así como se lo veía como cuna del progreso y por ende como modelo a imitar, al mismo tiempo se destacaban sus rígidos clivajes sociales, contrastantes con la libertad y la igualdad imperantes en el suelo local, ventajas de las que emanaba un reclamo tácito de superioridad nacional.

En la Argentina esta imagen distaba de ser novedosa, pero fue reactualizada a partir de 1912 a raíz de la sanción de la ley Sáenz Peña. Si hasta entonces el anarquismo parecía constituir el principal transmisor de la subversión social a través de métodos violentos de lucha, la democracia hizo vislumbrar el peligro del socialismo y sus tácticas electorales, que radicaba en la permeabilidad de los inmigrantes a discursos políticos que los interpelaban en términos de clase, rivales de lealtades de otra índole, como las nacionales. Desde la perspectiva de las élites, el socialismo era una fuerza política liderada por extranjeros y tendiente a la priorización del internacionalismo obrero frente a los valores propiamente nacionales, y de intereses sectoriales frente al bien común propio de la unicidad de

---

(45) «La inmigración peligrosa», en *LM*, 28/3/11; «La delincuencia en Buenos Aires», 1/4/11; «La legión mendicante», 10/6/12; «Huéspedes peligrosos», 6/1/13; «Sobre la trata de blancas», 23/7/13. Acerca de esos prejuicios, Solberg, *op. cit.*, cap. 4.

(46) «Policía inmigratoria», en *LM*, 29/4/12.

(47) «Desembarcados, así como un italiano, un español ó un francés busca en la nueva tierra á sus connacionales; (...) el socialista busca también á sus hermanos de ideal (...) Lo es aquí porque lo ha sido allá, no porque haya encontrado en el ambiente nuevo las causas opresoras que originan en Europa formidables movimientos de revancha» («El socialismo y sus peligros», en *LM*, 3/4/13).

la nación. Además de dificultar la identificación de los inmigrantes con la sociedad argentina, repercutía sobre el sistema político, aun cuando ese impacto estuviera limitado a la Capital Federal (48). La amenaza procedía del aliento del partido a la nacionalización de los extranjeros. En tanto hacia fines del siglo XIX la tendencia a la no naturalización había concitado enconados debates por la falta de participación política formal que conllevaba (49), en el microclima de los dos primeros años de vida democrática era precisamente la situación contraria —el estímulo a la adquisición de derechos políticos por los extranjeros— la que despertaba inquietudes. Aunque en la práctica era muy bajo el índice de naturalización —en 1914 alcanzaba sólo el 0,4% del total de la población (50)—, *La Mañana* estableció una relación directa entre ese índice y el incremento del número de votantes del Partido Socialista (PS). En consecuencia, propuso elevar los años de residencia requeridos para la obtención de la ciudadanía política y aplicar criterios censitarios para restringir el peso del voto favorable a esa agrupación (51). Sin embargo, las aprensiones del diario frente al avance político del socialismo fueron más tenues que las manifestadas por otros exponentes del orden conservador e incluso por la UCR, que, luego del levantamiento de la abstención tras la sanción de la nueva ley electoral, reveló una aguda xenofobia antisocialista (52). La preocupación por la difusión del socialismo, dictada por una coyuntura de incertidumbre política ante los resultados imprevistos de la reforma electoral, se esfumó a medida que se hizo evidente el avance de la UCR en el escenario electoral, que —a diferencia de la implantación casi excluyentemente metropolitana del socialismo— tenía arraigo en todo el territorio del país. En adelante, el PS fue visto por *La Mañana* —y por su sucesor, *La Fronda*— como un eventual aliado en sus combates contra el rival común, la UCR.

#### IV

Como resultado de la aplicación de la ley Sáenz Peña, en 1916 llegó a la presidencia de la república el candidato radical, Hipólito Yrigoyen. Aunque los im-

---

(48) Recién a partir de 1916 el Partido Socialista extendió su influencia a las provincias de Buenos Aires, Mendoza y Tucumán, pero su principal bastión electoral siguió siendo la ciudad de Buenos Aires. En las elecciones nacionales de 1912 se posicionó como segunda fuerza en la Capital Federal, detrás del radicalismo. Al año siguiente, el partido obtuvo la banca senatorial en disputa por el mismo distrito, desplazando a la Unión Cívica Radical; esta tendencia se revirtió a partir de 1916 (KAREN REMMER, *Party competition in Argentina and Chile. Political recruitment and public policy, 1890-1930*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1994, pág. 97).

(49) LILIA ANA BERTONI, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, cap. IV.

(50) RICHARD WALTER, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, Institute of Latin American Studies — The University of Texas at Austin, 1977, pág. 124.

(51) «Al margen del triunfo», en *LM*, 7/4/13.

(52) SOLBERG, *op. cit.*, págs. 123-127.

pulsores de la reforma habían creído que la UCR obtendría a lo sumo la minoría, la fragmentación de las agrupaciones liberal conservadoras lo posicionó como primera fuerza en la escena política.

Los diarios de Uriburu vincularon al radicalismo con la inmigración, dando cuenta de los cambios en la composición social de su dirigencia. En las primeras décadas del siglo XX y como producto de la movilidad social ascendente que se verificaba en la Argentina, la mayoría de sus dirigentes ya no surgía de los reducidos círculos patricios, sino en muchos casos de familias de origen inmigratorio (53). Los exclusivos ámbitos de sociabilidad que en la era de la política de notables habían funcionado como seleccionadores de la élite política fueron desplazados bajo la era de las masas por la máquina del partido. *La Mañana* y *La Frontera* ridiculizaron a los dirigentes radicales por sus apellidos de origen ultramarino, principalmente italiano y español. El sarcasmo del diario se canalizó a través de los motes satíricos que caracterizaron su particular estilo periodístico, generosamente endosados a los principales funcionarios de los gobiernos radicales. Uno de los principales diarios de la comunidad italiana reprochó a Uriburu el vasto uso que hacía *La Frontera* de referencias a la ascendencia de ese origen de algunos dirigentes de la UCR para denostarlos:

«Aquí parece que se quiere debilitar y vencer al radicalismo sin echarse a la calle a disputarle el dominio de las masas, pero sí retirándose en los castillos del viejo orgullo de castas (...) no discutimos el radicalismo, pero pensamos que gran parte de su fuerza la ha conseguido porque supo romper las separaciones que hasta hace poco existían entre los hijos de los próceres o poco menos y los hijos de los 'pioneers' y de los trabajadores. (...) mientras el radicalismo da su verdadero puesto a los hijos de estos extranjeros, los partidos y los hombres de la oposición desalojados del gobierno, se obstinan en perpetuar una división ya rota e inexistente y arrojar lejos de ellos a los extranjeros» (54).

La acusación del periódico italiano es reveladora del principal elemento subyacente a las expresiones denigratorias del radicalismo: su carácter plebeyo, ajeno a la sociabilidad de la élite. La antinomia sarmientina «civilización o barbarie» era complementada por la de «patricios o plebeyos»: a la condición advenediza y retrógrada atribuida a la UCR se oponían el abolengo y la superioridad que se autoasignaba la antigua élite política. Para Uriburu los radicales —fruto inesperado de la reforma política que él mismo auspició— eran «parvenus», «nouveaux riches» (55), que ocupaban sin merecimientos ni experiencia los puestos otrora desempeñados por sus pares y amenazaban la vigencia de la tradición liberal. *La Mañana* y *La Frontera* se convirtieron en críticos impla-

(53) PAULA ALONSO, *Entre la revolución y las urnas, Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90*, Buenos Aires, Sudamericana — Universidad de San Andrés, 2000, págs. 286-287.

(54) «Carta a Pancho», en *La Patria degli Italiani*, 19/1/21.

(55) «La Mañana», en *LM*, 29/6/19.

cables del yrigoyenismo, a cuya gestión de gobierno imputaron la reedición de los vicios del orden conservador que otrora había combatido y que Sáenz Peña había intentado extirpar mediante la reformulación de las reglas del juego político. En su papel de despiadados censores de un radicalismo que avanzaba sobre las autonomías provinciales con vistas a implantar la unanimidad política, los diarios de Uriburu lograron una mayor proyección en el ámbito nacional y se volvieron referentes ineludibles de los sucesivos y fallidos conatos de construcción de una agrupación liberal conservadora competitiva.

Esa imagen peyorativa de los extranjeros convivió sin embargo con el reconocimiento de la trascendencia de la inmigración para el progreso económico del país. Uriburu no dejó de señalar la necesidad de aprovechar la reanudación de la afluencia de inmigrantes europeos en los primeros años de la posguerra (56), que debieron afrontar las restricciones instrumentadas por varios países, especialmente por los Estados Unidos (57), y que, por ende, estaban disponibles para ser captados por la Argentina, aunque no de manera irrestricta. Entre los potenciales inmigrantes el diario priorizó a los procedentes de la Italia de Mussolini por su ocupación predominantemente agraria, contemporáneamente discriminados por los Estados Unidos, que favorecían a los inmigrantes del norte de Europa (58). El diario compartió así el consenso de las elites liberales acerca de la orientación ruralista que debía imprimirse a la política inmigratoria y la preferencia por los inmigrantes de origen latino (59). Asimismo, como Alejandro Bunge y su *Revista de Economía Argentina*, puntualizó las distorsiones del modelo agroexportador que dificultaban la llegada de nuevos contingentes poblacionales europeos (60). En consecuencia, instó al gobierno a atender la distribución del flujo migratorio por medio de leyes de colonización, a fin de corregir la estructura poblacional de la Argentina, a la que comparó con «un gigante con cuerpo deforme» (61). La política inmigratoria no debía reducirse a una propaganda eficaz para atraer nuevos inmigrantes, sino que debía basarse en un plan integral que alterara los enraizados patrones de tenencia de la tierra que habían dificultado la inserción agraria de la mayoría de ellos y que habían favorecido su instalación en los ámbitos urbanos del litoral. El estado debía instrumentar la subdivisión de los latifundios, su distribución a los inmigrantes y la provisión de crédito agrícola. El objetivo debía ser trans-

(56) «El problema de la inmigración», en *La Fronda (LF)*, 16/4/24.

(57) HIGHAM, *op. cit.*, págs. 308-310.

(58) Ídem, págs. 316-324.

(59) Para el análisis de ese consenso a través de la encuesta del Museo Social Argentino de 1919, consúltese SENKMAN, *op. cit.*

(60) Acerca de Bunge y su revista, JUAN JOSÉ LLACH, «Alejandro Bunge, la Revista de Economía Argentina y los orígenes del estancamiento económico argentino», en *Valores de la sociedad industrial* n.º 59, 2004.

(61) «El problema de la inmigración», en *LF*, 31/7/23.

formar «el mal del arrendatario actual, despreocupado y transitorio, por el propietario con su amor al pedazo de tierra que trabaja para sus hijos» (62).

Por otra parte, el diario descartó las expresiones más recalitrantes de nacionalismo xenóforo que fueron sucediéndose en la inmediata posguerra, en consonancia con el avance de los autoritarismos en Europa y con el despliegue de gobiernos de ese cariz en algunos países de Latinoamérica. En el caso argentino, esas tendencias cristalizaron en la formación de la Liga Patriótica Argentina en enero de 1919, una entidad que pretendió combatir la creciente conflictividad social por medio de una estrategia que combinaba represión, asistencialismo y educación patriótica (63). Esta organización había participado informalmente en los cruentos sucesos conocidos como «Semana Trágica», producto de la represión del fantasma maximalista que se suponía en la base de la intensa oleada huelguística que por entonces agitaba a Buenos Aires. El diario de Uriburu criticó los ataques a los llamados «barrios rusos», que mostraron trazas antisemitas (64), y condenó el «nacionalismo de bota de potro» y el «chauvinismo» que rodeó a esos hechos (65). Similares reparos le inspiró el nacionalismo desbordante que Lugones desplegó en un ciclo de conferencias en 1923 y en su polémico discurso de Ayacucho en 1924. Además de exaltar los gobiernos de fuerza y de proclamar la derrota universal del liberalismo, Lugones atacó con violencia a los inmigrantes y propuso la creación de una Guardia Nacional Voluntaria destinada a la represión de los supuestos enemigos de la patria, entre los que ubicó a los «maximalistas», extranjeros por antonomasia. *La Fronda* calificó al intolerante nacionalismo lugoniano como un «espasmo convulsivo» que reaccionaba contra la concepción cosmopolita de la nación (66).

Aun cuando ascendía local e internacionalmente una marea nacionalista extrema, Uriburu y su hoja continuaban adscriptos a los parámetros ideológicos clásicos de la elite liberal.

## V

Sin embargo, los comicios presidenciales de 1928, que volvieron a consagrar presidente a Hipólito Yrigoyen, marcaron un punto de inflexión irrevocable en su percepción del proceso político abierto en 1912, que condicionó y transformó también su concepción de la nación. El desencanto generado por la reiteración de la experiencia yrigoyenista tras el interludio de la presidencia de

(62) JUAN CORIA (seudónimo de Francisco Uriburu), «Impresiones de Italia», en *LF*, 27/4/27.

(63) SANDRA MCGEE DEUTSCH, *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic League*, Nebraska, University of Nebraska Press, 1986.

(64) En la Argentina los judíos eran englobados en la denominación genérica de «rusos».

(65) «La tendencia antiextranjera», en *LM*, 22/1/19; «Azul y blanco», 17/5/19.

(66) FILIUS, «Vanidad y política nacionalista», en *LF*, 26/7/23.



Marcelo T. de Alvear —radical afín a la elite liberal (1922-1928)— condujo a la radicalización ideológica y política de *La Fronda* hacia mediados de 1929, en el marco de los primeros síntomas de la crisis económica mundial. En nombre de la defensa de la tradición liberal, Uriburu abjuró de la democracia que originalmente había impulsado y brindó amplio espacio en su periódico a los nacionalistas autoritarios —muchos de ellos formados en el maurrasianismo—, que operaban simultáneamente desde otros medios contra el gobierno radical (67). Se acercó entonces a una matriz de pensamiento fuertemente elitista que tuvo como correlato una concepción organicista de la nación, de la que se postuló como vigía militante.

El diario de Uriburu juzgó que la crisis política exteriorizada en el retorno de Yrigoyen hundía sus raíces en una profunda crisis moral, caracterizada por el individualismo y la decadencia de los valores tradicionales, que atribuyó en última instancia a la morfología aluvional de la sociedad argentina, híbrida, mal integrada, corrompida por la «inmigración negativa». Una desacertada política inmigratoria había abierto las puertas del país a «un aluvión de gente casi toda oriunda de los países precisamente menos aptos para el gobierno propio», «cuyos ciudadanos por no saber votar necesitan gobiernos de fuerza» (68). Su incapacidad política había sido transmitida por contagio al electorado argentino, cuyo comportamiento en las urnas se había evidenciado como un riesgo para la integridad del espíritu nacional —un riesgo sobre el que *La Fronda* se encargó de alertar en todos los tonos con un pródigo uso de metáforas biomédicas y catastrofistas—. La inmigración era responsable de la crisis del proyecto nacional del liberalismo en dos niveles. De manera directa, a través del voto de los extranjeros naturalizados —«árabes, calabreses, turcos, rusos y otros detritus europeos desterrados de sus respectivas patrias» (69)—, que respaldaban masivamente al radicalismo. Y de manera indirecta a través de la contaminación de la moral nacional con el materialismo y la práctica de la «mala vida», que *La Fronda* identificó con el yrigoyenismo, nutrido de «parásitos presupuestívoros», «reclamantes premiosos» de cargos públicos, «prontuariados, caftens, jugadores de profesión, pederastas, indultados, reincidentes» (70).

Desde ese punto de vista, la única solución terapéutica viable para la «salvación nacional» consistía en la supresión de la democracia y en la instauración de una dictadura militar, auspiciada activamente por el diario, partícipe dili-

---

(67) Los nacionalistas Leopoldo Lugones, Rodolfo y Julio Irazusta, y Lisardo Zía se sumaron por entonces al plantel de *La Fronda*, en tanto Justo Pallarés Acebal y Roberto y Alfonso de Laferrère lo integraban con anterioridad.

Sobre otras publicaciones vinculadas a los nacionalistas, véase DEVOTO, *Nacionalismo...*, op. cit., cap. 4.

(68) «Nuestro electorado. ¡Qué delicia!», en *LF*, 13/5/31; «Democracia y dictadura», 2/3/28.

(69) «Por qué ha triunfado Irigoyen», en *LF*, 20/5/28.

(70) «El triunfo irigoyenista no tiene el significado que parece», en *LF*, 19/5/28. El término lunfardo «caften» significa proxeneta, tratante de blancas.

gente en las conspiraciones cívico-militares que culminaron en el derrocamiento de Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930 y en su reemplazo por un gobierno militar al que consideró «la encarnación del sentimiento y de la conciencia de la Nación» (71). Esa identificación del ejército con la nación remitía a la centralidad que tuvieron las fuerzas armadas en las diferentes instancias de la formación del estado argentino, pero también traslucía el avance en el discurso de *La Fronda* de la argumentación característica del tradicionalismo católico, con su condena del individualismo y del liberalismo y su exaltación del corporativismo. Estos atisbos confesionales, impensables en el diario apenas unos años antes, habrían de volverse más pronunciados en el seno del nacionalismo autoritario a lo largo de la década de 1930, al punto de convertir al ejército y a la Iglesia en los pilares básicos de la nación (72). *La Fronda* estimó que respaldar al gobierno surgido del golpe militar encabezado por el general José Félix Uriburu —primo de Francisco— era «una orden imperativa de defensa nacional» (73). En consecuencia, se constituyó en el principal respaldo periodístico del régimen militar que se extendió entre septiembre de 1930 y febrero de 1932, y de sus erráticos proyectos corporativos.

Mientras que en Latinoamérica florecían contemporáneamente las revisiones del concepto liberal de nación que tendían a ampliarla y a darle un sesgo popular (74), *La Fronda* se inclinó por restringirla desde una perspectiva elitista, que puso en entredicho la pertinencia del proyecto de país de los artífices del estado nacional. Contemplándolo retrospectivamente, el diario de Uriburu opinó que «El crisol argentino en el cual, con mítico optimismo, pensábamos que las razas ‘de todos los hombres que quisieran habitar nuestro suelo’ habían de fundirse en unidad perfecta, ha sido un sueño de enfermo» (75). Si la noción del crisol suponía una asimilación de las diferencias que derivaba en un todo idealmente armónico, la heterogeneidad social era vista como perniciosa para la supervivencia de una nación considerada superior a sus enemigos pero paradójicamente débil frente a sus ataques. La experiencia histórica parecía demostrar desde su perspectiva el fracaso de la construcción de la homogeneidad emprendida por el estado, que habría derivado en la formación de un país de aluvión, desintegrado, inconsistente. Un país «desargentinado (...) napolitanamente, gallegamente, musulmanamente, hebraicamente», cuya cultura se cimentaba en «los atavismos de Catanzaro o de Smirna, de Pontevedra o de Pa-

---

(71) «Hechos, sí; palabras, no», en *LF*, 16/9/30.

(72) Para una caracterización de los nacionalismos de los años treinta, véase ALBERTO SPEKTOROWSKI, *The origins of Argentina's revolution of the right*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 2003. Sobre la redefinición de la nación en términos católicos, consúltese LORIS ZANATTA, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

(73) «Reacción: avance», en *LF*, 14/6/31.

(74) ANTONIO ANNINO, «Ampliar la Nación», en Annino et al. (dirs.), *op. cit.*

(75) «Repetto vs. la democracia y la legalidad», en *LF*, 12/1/31.

lestina» en lugar de los valores tradicionales, asociados vagamente con la herencia hispano-criolla (76).

El peligro de disolución nacional era el producto de la falta de prejuicios raciales de la abierta sociedad argentina, que había facilitado «que nos mezclemos con indios y con negros, dándonos una proliferación indeseable de zambos, mulatos y semiindígenas, subidos hoy a los primeros planos de la actividad gubernativa» (77). Dada esa condena de la diversidad, no es extraña la reivindicación de las doctrinas racistas de Gobineau (78), que postulaban la desigualdad natural de los individuos y que asociaban la mezcla con la degeneración (79). Tampoco resulta sorprendente que el diario considerara históricamente comprobados los argumentos racistas de los escritos tardíos de Sarmiento, quien en *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883) había expresado su desesperanza acerca de las posibilidades civilizatorias de la sociedad argentina, por su heterogénea composición étnica, supuestamente adversa al avance del progreso.

*La Fronda* no cesó de recalcar los pecados de la elite liberal que habían desembocado en la descomposición de la nacionalidad argentina: «Un gran error nacional fue siempre el de creer que el país necesitaba poblarse de cualquier modo. Otro error más, fue el creer que el país necesitaba ‘gente de trabajo’, aun cuando sin noción de todo lo demás que hace grato a un futuro poblador y útil en todos los órdenes.» A raíz de esos sofismas, en lugar de inmigrantes portadores de principios civilizatorios llegaron «miles de mercantes sin amor al país, a sus luchas y a sus ideales», «inmigrantes sórdidamente amasadores de dinero (...) Una cosa es el clásico ahorro inglés, francés, belga, etc., y otra bien distinta es el ahorrar napolitano, turco, o judío, realizado en menoscabo de todo» (80). Hasta entonces el diario había postulado a la inmigración como el agente por excelencia del poblamiento, la colonización y el desarrollo del país, con independencia de su procedencia. Su viraje hacia una definición esencialista de la nación derivó en la adhesión al modelo alberdiano, que privilegiaba la inmigración del norte de Europa. Esa recuperación resulta comprensible en el marco de su aspiración nostálgica a recrear la «república posible» y a sepultar el ensayo reformista, al que consideraba definitivamente malogrado. Al tiempo que reivindicó la inmigración septentrional, expresó fuertes prejuicios hacia las colectividades que habían dominado los flujos migratorios de la segunda mitad del siglo XIX —los italianos y los españoles— y las que comenzaban a destacarse en la primera posguerra —los centroeuropeos y los sirio-libaneses— (81). Con-

(76) «Grajeas», en *LF*, 19/1/31.

(77) «Democracias americanas y europeas», en *LF*, 11/6/28.

(78) «Los histriones de la abstención», en *LF*, 29/10/31.

(79) GEORGE MOSSE, *Toward the final solution. A history of European racism*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1985, cap. 4.

(80) «Hidalguía», en *LF*, 27/1/27; «Grajeas», 19/1/31.

(81) DEVOTO, *Historia de la inmigración...*, op. cit., págs. 357-358.

secuentemente, reclamó la instrumentación de severas restricciones a la llegada de inmigrantes y al otorgamiento de la ciudadanía, con una finalidad de neta diferenciación social (82). Frente a la corriente que depositaba cotidianamente en las playas argentinas caudales ingentes de europeos de «visible inferioridad» (83), que en muchos casos iniciaban exitosamente la aventura del ascenso, *La Fronda* glorificó a las tradicionales elites nativas, a las que atribuyó la capacidad de demostrar arraigo secular en el territorio argentino y la posesión de valores intelectuales y morales positivos.

## VI

La trayectoria de *La Mañana* y de *La Fronda* desde el liberalismo reformista al nacionalismo autoritario impactó también sobre su concepción de la nación: su inicial definición cívica, contractualista, voluntarista y formalmente abierta dio paso a una esencialista, según la cual la nación era una entidad orgánica permanente, acabada, incontaminada, preexistente y trascendente a los individuos. La piedra de toque de esa transformación fue la masificación de la política, un dato relevante sobre la cercana vinculación entre el proceso general de construcción del estado nacional y los avatares del nacionalismo. En épocas de estabilidad y de prosperidad, el consenso liberal acerca del estado y de la nación se mantuvo prácticamente incólume frente a sus eventuales impugnadores, pero en etapas signadas por crisis que hacían a la integración y a la participación comenzó a mostrar fisuras que amenazaron su integridad. La construcción de la homogeneidad fue una premisa básica en la construcción de la sociedad nacional, que en el contexto argentino hizo de la asimilación de los inmigrantes el principal desvelo de las elites. En el caso aquí analizado, la identificación entre aquéllos y el desafío a la hegemonía de la antigua clase dirigente en el marco de la democratización operó como válvula de escape de las tensiones generadas por la evolución y la complejización del estado nacional y por los avatares de la ampliación de sus bases políticas.

El itinerario de ambos diarios permite marcar además, más allá de las diferencias y de las rupturas evidentes, algunas convergencias y continuidades. La persistencia de la imagen del crisol, en la que subyacía la creencia en la viabilidad de la integración de los inmigrantes, no debe enmascarar el hecho de que bajo esa creencia podían distinguirse algunas estridencias que resultaban de la tensión con determinaciones coyunturales y con ciertas reservas larvadas frente a los efectos de la modernización del país. La ideología de la «tierra de promisión» —consustancial a la idea de crisol— contenía algunos componentes

---

(82) «La repatriación de los inmigrantes», en *LF*, 3/2/31; «Liberalismo e inmigración», 12/2/31; «Deben restringirse las cartas de ciudadanía», 19/6/31.

(83) «Grajeas», art. cit.

que implícitamente ponían en entredicho la apertura a las corrientes migratorias y que se manifestaban en una mirada equívoca del inmigrante. Visto como agente del progreso y al mismo tiempo como un elemento a civilizar por intermedio de una categórica argentinización, como sospechoso de la importación de ideologías disolventes y de conductas delictivas, como vector de la plebeyización de la sociedad y de la difusión de valores contrarios a la cosmovisión patricia, como actor político multifacético de lealtades cambiantes pero siempre disruptivas, esa imagen del inmigrante resumía las incertidumbres de una elite sensibilizada por los decisivos y rápidos cambios que experimentaba el país en todas las áreas.

En etapas de estabilidad, estos resquemores fueron acallados, pero en coyunturas críticas se exacerbaron y rozaron la xenofobia, convirtiendo a la inmigración en el chivo expiatorio del fracaso de las expectativas reformistas y de una crisis asimilada a la decadencia del orden social. Ello es indicativo del delgado barniz cosmopolita de la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, cuya erosión podía facilitar el deslizamiento de un nacionalismo cívico inclusivo a un nacionalismo cultural esencialista y excluyente, y de la labilidad de las fronteras entre la tradición liberal y la nacionalista autoritaria en su estadio formativo de desarrollo.